

Infancia y pobreza

ESCRITOS PARA DEBATIR, OPINAR Y ACTUAR

YO QUIERO SER UNA BUENA MADRE

Palau Macaya



Obra Social "la Caixa"

YO QUIERO SER UNA BUENA MADRE

1 Es más fácil controlar que ayudar	3
2 Los pobres también lo intentan hacer bien, a pesar de que no siempre les queden fuerzas	4
3 Apoyos para ser un padre suficientemente bueno	5
4 Ayudas económicas para garantizar besos. Dinero de niños	6
5 Siempre serás importante para tu hijo	7
6 Descubrir que puedes seguir amando	9
7 Una lista de recursos inexistentes	10

1 Es más fácil controlar que ayudar

Para poder hablar de cómo ayudar a las familias pobres en su papel de ocupación implicada para con los hijos, resulta imprescindible, en primer lugar, recordar que la pobreza no empobrece las capacidades de padres y madres. La pobreza monetaria lo que genera (o agudiza) son imposibilidades para hacer de padre o madre, ausencia de disponibilidades, impotencia ante los retos educativos.

Así mismo, tampoco tenemos que olvidar que, más allá de la pobreza, antigua y agravada o nueva, un significativo número de niños y adolescentes no tiene en casa un panorama muy positivo. Su grupo familiar sufre **otras crisis** que requerirían ayuda, apoyo, acompañamiento, tanto si están ahora dentro de la pobreza (o más adentro todavía) como si no es la economía la que está hipotecando su infancia y su futuro.

También tenemos que considerar que, en el caso de las ayudas a las familias para que hagan de familias, existía un gran vacío y un fuerte caos desde mucho antes de la actual crisis económica. Los recursos para facilitar un verdadero apoyo no están ahí o no son adecuados. Ayudar a una familia cuando se empobrece choca con una enorme ausencia de servicios de apoyo y con la existencia de respuestas que más bien complican la vida de las familias. Muchas veces no tenemos posibilidades de dar respuestas y las respuestas que tenemos mayoritariamente están pensadas para familias que, para ser ayudadas, deben aceptar que tienen problemas y que lo están haciendo “mal” (siempre a criterio de un profesional). Dicha aceptación llegará con más facilidad si de ella depende la obtención de una ayuda económica.

Ayudar a una familia cuando se empobrece choca con una enorme ausencia de servicios de apoyo y con la existencia de respuestas que más bien complican la vida de las familias.

2 Los pobres también lo intentan hacer bien, a pesar de que no siempre les queden fuerzas

La cuestión de las pautas de crianza y la definición razonable de qué significa ser un buen padre, una buena madre, está repleta de contradicciones y moralismos. Desde determinados posicionamientos profesionales (por ejemplo, propuestas psicologistas o tendencias para ver y prevenir futuros problemas en toda desviación educativa) o desde ideologías sociales muy conservadoras, se divulgan propuestas de atención educativa imposibles, que requieren supermadres, dedicadas solo a sus hijos, que ponen bajo sospecha cualquier error o carencia.

Podríamos decir que todas las madres (y buena parte de los padres) intentan hacerlo “bien”, a pesar de que se les cae encima una permanente preocupación, una colección de dudas, los correspondientes errores inevitables en una vida familiar compleja. En general, no existe mejor manera de ayudar a padres y madres que facilitar que puedan compartir sus preocupaciones y experiencias con otros padres. Deben poder sentirse bien descubriendo que para ser una excelente madre hay que ser, de vez en cuando, una “mala” madre.

Introducimos esta reflexión para dejar claro que eso también ocurre en las familias pobres. Tienen la misma voluntad de intentar hacerlo bien, sufren los mismos desconciertos y, en el caos de todos los días, no siempre aciertan las respuestas educativas adecuadas. La diferencia está (según la realidad social de cada familia) en que no siempre quedan fuerzas para ocuparse, además, de los hijos. No siempre el depósito de afectos está suficientemente lleno. A veces no se tiene tiempo ni competencia personal para pensar en cómo tratar al hijo, cómo resolver un error, cómo relativizar un conflicto. Como la pobreza aísla, llega a excluir, las dificultades para poder hacer de madre o padre se viven en total soledad. Llega a apartarse la preocupación por los hijos para no sufrir más.

3 Apoyos para ser un padre suficientemente bueno

A pesar de ello, existe una gran diferencia que es preciso no olvidar. Como son familias pobres e irán a algún recurso social a solicitar ayuda, la probabilidad de que alguien realice una intromisión en la dinámica familiar y “valore” su competencia para con los hijos será muy alta. La vigilancia sobre lo que hacen con los hijos pasa a ser inevitable para recibir cualquier prestación social. Si una familia cuenta con recursos económicos y está integrada en su entorno, los problemas con sus hijos son definidos como dificultades educativas. Si es pobre, lo más habitual es que en los informes conste que no tiene capacidades educativas, que debe estar bajo algún tipo de vigilancia social.

La ayuda para ser la mejor madre posible es ayuda, apoyo, intercambio, y debe servir para todo tipo de familias y situaciones. No debe convertirse en control si se trata de familias pobres. Tiene que ser una oferta libre de ayuda (pensada para que sea real el derecho de cualquier niño o niña a la mejor de las familias posibles) que no puede pasar a ser imposición cuando no se dispone de recursos y tiene que vivir de prestaciones.

Ser pobre y recibir ayuda no tiene que empobrecer hasta el límite de perder la autonomía y aceptar las imposiciones. Que quede claro: ayudamos a padres y madres no para que sean buenos padres sino para que, en su contexto y con sus recursos, sean padres lo suficientemente buenos. Siempre que los ayudamos debemos descubrir lo que llevan, transmitir que estamos convencidos de que tienen competencias, que pueden hacerlo mejor.

Atención con los imposibles que pedimos. Tendimos a exigir a una madre sola, con un trabajo mal pagado de larga jornada, que se ocupe ordenada y rigurosamente del cuidado de sus hijos. También que viva autónomamente y tenga vida social, que participe en la vida de la comunidad.

Si una familia cuenta con recursos económicos, los problemas con sus hijos son definidos como dificultades educativas. Si es pobre, en los informes consta que no tiene capacidades educativas, que debe estar bajo algún tipo de vigilancia social.

4 Ayudas económicas para garantizar besos. Dinero de niños

Del mismo modo que cualquier reflexión sobre cómo ayudar en medio de la pobreza debe empezar por dejar continuamente claro que lo primero de todo es reducir la pobreza y la desigualdad, cualquier reflexión sobre las ayudas a las familias debe empezar por exigir la existencia de ayudas económicas dignas para las familias con hijos a su cargo. Las ayudas económicas a las familias con hijos a su cargo son siempre la primera y principal medida a tomar.

Si pretende hacerse efectivo el derecho de cualquier niño o niña a tener adultos que aporten **estímulos, seguridad y afectos**, hay que garantizar siempre un mínimo de recursos económicos asociados al hecho de que una familia tiene hijos. Cualquier otra ayuda, por muy necesaria que sea esta, siempre hará trampa si dicha prestación por los hijos no existe. Ayudará a modificar los efectos, los costes, pero siempre intentando compensar unos efectos que no deberían producirse, que serían mucho menores con un mínimo económico por hijo disponible.

Las ayudas económicas que dependen de la presencia de hijos no son suficientes para garantizar ni el buen cuidado, ni la adecuada vinculación ni la preocupación parental permanente. Pero son ayudas necesarias e imprescindibles. No podemos definir con coherencia y respecto a padres y madres otras formas de ayuda si la batalla, los esfuerzos diarios de los padres, son para la subsistencia y los hijos son vividos como fuente de necesidades y gastos que no pueden ser cubiertos.

Varias organizaciones¹ han puesto de manifiesto cómo las prestaciones familiares por hijos a cargo provocan que un significativo grupo de niños y niñas salgan de la pobreza (al menos de la severa) y, en función de cómo se aplique, reducen algunas de las desigualdades sociales entre niños. No son ayudas a las familias para que tengan hijos, ni para que no sea tan cara la maternidad o paternidad. Son ayudas pensadas como garantía de infancia, destinadas a hacer real el derecho a una vida digna y, también, el derecho a que todos los esfuerzos de los adultos del grupo familiar no estén destinados a la búsqueda de dinero para que la familia

Las ayudas económicas a las familias con hijos a su cargo son siempre la principal medida a tomar. Cualquier otra ayuda, por muy necesaria que sea, siempre hará trampa si dicha prestación por los hijos no existe.

1. Unicef, etc.

salga adelante. Son recursos para garantizar un abrazo, un rato de juego, una pequeña preocupación por la escolaridad.

Otro debate es cómo lograr que las ayudas a las familias con hijos a su cargo reviertan prioritariamente en el bienestar de los niños. No resulta fácil encontrar respuestas, aunque hay que tener en cuenta que si la ayuda simplemente crea un mejor clima familiar ya es lo suficientemente importante, puesto que ello revierte directamente en los hijos. Quizás es necesario crear claramente una cultura de las ayudas que las asocie a un derecho de los niños y no de los adultos. Después, del mismo modo que las rentas de inserción van (tendrían que ir) acompañadas de la posibilidad de un acompañamiento en el proceso de cambio personal, las ayudas por hijos deben tener en el mismo paquete la posibilidad de apoyos (posibilidades de estar al lado, no controles) para la construcción de un proceso educativo estimulador y positivo (apoyos complementarios, posibles pero no obligados, que están fuera de lugar si, a pesar de la pobreza, el puesto del niño o niña en la familia es prioritario y si los padres no tienen más dificultades que las que tiene cualquier familia).

5 Siempre serás importante para tu hijo

La pobreza puede hacer que la madre no esté para sonrisas. No siempre los padres pueden ayudar a su hijo a gestionar los malestares que normalmente van surgiendo en su vida. Cuando todo es tensión no siempre es fácil aportar la tranquilidad que pueden necesitar. Como producto de la situación que viven es frecuente que la inseguridad se traspase a la relación con los hijos, al mantenimiento de pautas y criterios para ocuparse sanamente de ellos y ellas. Las ayudas siempre siguen la lógica de intentar primero que la familia encuentre su lugar y, después, que incorpore como núcleo principal de su funcionamiento la educación (en todos sus aspectos) de sus hijos.

Por muy complicada que sea la situación siempre existe un punto cero en el trabajo con el padre o la madre: lograr que no se autodescalifiquen. Tenemos

Son ayudas pensadas como garantía de de infancia. Son recursos para asegurar un abrazo, un rato de juego, una pequeña preocupación por la escolaridad.

Todo empieza por valorar la parte positiva de sus capacidades y competencias. Tienen que poder descubrir que, a pesar de lo que se les "cae" encima, hay partes de la preocupación e educación de sus hijos que hacen bien, que tienen resultados positivos.

que pensar en cómo decir a estas personas: “Por muy duro que te resulte estar muy poco rato con tus hijos no te sientas mal.” Tenemos que conseguir que no se nieguen la posibilidad de seguir siendo una figura positiva e imprescindible para su hijo. “Puedes seguir siendo importante de muchas formas.”

Así como en otros textos hemos destacado que la pobreza afecta singularmente a los hogares bajo la responsabilidad de una sola mujer, ahora tenemos que preguntarnos de manera especial sobre cómo cuidar a las mujeres que luchan. Son mayoritariamente ellas las que, al no contar con recursos económicos y tener que trabajar aún más todos los días, sufren la crisis de la confianza, la vivencia permanente de no poder cuidar de sus hijos cómo quisieran. Además, a menudo aumenta su soledad educativa a pesar de tener pareja. La pobreza aún puede agudizar más la despreocupación de los hombres por sus hijos.

No obstante, no podemos olvidar que todo tiene un límite, que su economía debe permitir tiempo de madre y padre, suficiente y en condiciones. Que podemos ayudar a hacer que se ocupen de sus hijos, ni que sea unos mínimos, pero este tiempo debe existir. Va contra los derechos de los niños trabajar de sol a sol y, además, ser pobre.

Eso significa reconocer a los padres que no pueden (quizás nosotros tampoco podríamos en sus condiciones). Ayudarlos a descubrir todo lo positivo que hacen. Valorar la parte positiva de sus capacidades y competencias. Deben poder descubrir que, a pesar de todo lo que se les cae encima, existen partes de la preocupación y educación de sus hijos que hacen bien, que tienen resultados positivos.

Tienen que poder descubrir de nuevo que pueden aportar pequeñas cosas, detalles de cuidado y seguridad, en medio de altos niveles de angustia. A veces tenemos que ayudar a descubrir cómo son los distintos éxitos educativos que han ido produciendo en las vidas de sus hijos y que ahora quedan escondidos por las imágenes de las dificultades. Han de poder descubrir sus competencias educativas, quizás ahora en crisis.

Uno de los errores principales es ofrecer a las familias empobrecidas pasar por una “terapia”. Se trata de ayudar a padres y madres para que puedan hacer de padres y madres, y eso lo que comporta no es terapia para todos sino un estilo de ayuda, a partir del acompañamiento, que permita a los progenitores sentirse competentes para hacerlo bien.

6 Descubrir que puedes seguir amando

El reto es, por ejemplo, cómo ayudar a una madre para que tenga más disponibilidad de afectos y pueda encontrar la forma de demostrar a su niño que sigue queriéndole, que pueda hacerlo con suficiente intensidad y frecuencia. Eso significa ayudarla a cuidarse, tener profesionales que están a su lado para que se sienta escuchada y valorada, de modo que pueda volver a descubrir que puede amar a sus hijos. El mensaje es: intenta ser tú e intenta ser madre.

La pobreza es, a veces, una fragilidad dentro de [otras fragilidades](#) personales y de grupo, de modo que tenemos que ayudar a madres y padres con fuertes dificultades con su propia persona para que se ocupen de sus criaturas. Uno de los principales errores que pueden cometerse al pensar en cómo ayudar a las familias desbordadas por la pobreza es considerar que deben pasar por una especie de terapia familiar, ofrecer a las familias empobrecidas, afectadas por fuertes dificultades emocionales y relacionales, pasar por alguna especie de espacio terapéutico.

Recordemos que se trata de cómo ayudar a padres y madres para que puedan hacer de padres y madres, y eso lo que comporta no es terapia para todos sino un estilo de ayuda (a partir del [acompañamiento](#)) que permita a los progenitores sentirse competentes para hacerlo bien. Eso significa también poner a su alcance más recursos. Espacios donde poder aprender de las experiencias de otras familias y encontrar respuestas a las incertidumbres que generan los hijos. Ayudas familiares para hacerse cargo de los hijos en los momentos de impotencia (ausencias inevitables del hogar, dificultades horarias, tensiones, apoyos y refuerzos, etc.). Espacios de escucha terapéutica, en su caso.

Una madre desbordada no necesita valoraciones. Tiene derecho a que alguien esté a su lado para ayudarla a descubrir de nuevo que puede ser importante en la vida de sus hijos.

7 Una lista de recursos inexistentes

Tal y como comentábamos al inicio del texto, el impacto de la pobreza sobre los grupos familiares también ha puesto al descubierto los pocos recursos que existen para ayudar a las familias en las labores parentales. La dificultad en los barrios para escuchar y orientar cuando simplemente piden consejo o apoyo en una crisis de grupo. La ayuda, si es que se encuentra, casi siempre será producto de una “derivación”. Solo aparecerá a partir de que los hijos generen problemas y otro recurso o institución (el colegio, servicios sociales, salud, etc.) diga que debe trabajarse con los padres, sin que estos hayan realizado una demanda, sintiendo que necesitan ayuda.

Aún resulta más complicado el tema porque, además, buena parte del trabajo con los grupos familiares afectados por la pobreza está marcado por la cuestión del “riesgo” social. La reflexión de los profesionales no pasa (no tienen este encargo) por valorar en todas las situaciones que genera la pobreza cómo ayudar a los padres a preservar sus funciones y capacidades con distintos apoyos. Normalmente se activan las maquinarias protectoras porque hemos descubierto que está en riesgo, especialmente porque ahora, con la familia empobrecida, el niño no está “bien cuidado”.

Los recursos para facilitar apoyo a las familias deberían seguir una lógica de normalidad y de escala. Esto es, ser explicados y divulgados como recursos para cualquier grupo familiar y aplicar algunos de ellos tan solo cuando la intensidad de las dificultades requiere suplir, complementar, proteger. Para ayudar a las familias, también cuando empobrecen, no se trata de crear nuevos recursos para pobres, sino de tener una atención familiar basada en:

1 Espacios familiares de barrio. Lugares en los que acceder simplemente para solicitar una orientación, poder discutir con un profesional una dificultad, poder compartir con otras familias pautas y experiencias de crianza. Asociados a recursos infantiles o a espacios de encuentro comunitario.

Recursos básicos para ayudar a las familias

**a. Espacios familiares de
barrio**

**b. Programas de familia en
los distintos recursos**

**c. Gestión de las prestaciones
en clave de acompañamiento**

**d. Recursos concretos
diferentes destinados a**

**ayudar a las familias en
momentos de dificultades y
carencias graves.**

Aquí debería producirse la primera demanda de ayuda cuando la pobreza introduce dificultades en el cuidado de los hijos.

2 Programas de familia en los diferentes recursos que se ocupan de la infancia. Potente programa familiar dentro del proyecto educativo de la escuela. Programa familiar en los recursos de salud, de servicios sociales. Las instituciones saben que parte singular de su trabajo está asociado a la familia y se ocupan, teóricamente, del niño y sus padres. Deben estar pensados para la diversidad de familias y estas tienen que descubrir que cuentan con ellas para gestionar las dificultades. En la escuela, por ejemplo, la pregunta que se hace el equipo directivo no es por qué esta familia no ayuda en el aprendizaje, sino cómo trabajar con las familias para que también las que tienen dificultades puedan ayudar a sus hijos e hijas. Lograr que todas traspasen la puerta del colegio, el umbral de la clase. En el espacio de ocio no dejan simplemente un niño del que no pueden ocuparse. También existe el espacio familiar en el que juegan juntos o comparten familiarmente las formas de educar en el juego.

3 Los recursos sociales (socioeducativos) de cualquier barrio deben gestionar cualquier prestación o servicio a las familias en clave de acompañamiento. Aprovechar la ayuda para ofrecer el apoyo de estar a su lado, de hacer de puente con los recursos, de ofrecer un referente estable para integrar las ayudas a los hijos.

4 También son necesarios, para determinadas situaciones, recursos destinados directamente a ayudar a las familias en momentos de dificultades y carencias (de muy distinto origen). Siguiendo los criterios de escucha y de no descalificación, son espacios diferentes en los que (siempre compartiendo y sin imposiciones profesionales) mejoran sus capacidades educativas, aprenden otras formas positivas de hacer de padres y madres. En algunos casos pueden contar con una especie de mentor, de tutor familiar a quien pueden recorrer de forma flexible. A veces la “tutoría” está directamente asociada al hijo y los padres saben que complementa lo que ellos no pueden llevar a cabo. No puede esconderse que el actual empobrecimiento y su impacto más destructor entre familias

ya pobres quizás nos obliga a planificar cómo ayudar de manera indefinida a familias que se van quedando impotentes pero que siguen siendo el mejor espacio posible para sus hijos. La pobreza, desgraciadamente, hace aumentar los apoyos familiares crónicos.

El proyecto **Reflexiones: La pobreza vista desde la infancia** es una iniciativa del Palau Macaya y CaixaProinfancia

Organización: Palau Macaya

Dirección científica: Jaume Funes

Redacción: Jaume Funes a partir de las reflexiones y debates de los seminarios “La pobreza vista desde la infancia”, coordinados por **Anna-Bel Carbonell, Marta Comas, Josep Torrico** y **Jordi Bernabeu**, que también han hecho aportaciones a las redacciones finales.

Estos agrupan temática y libremente ideas aportadas por una sesentena de profesionales, a lo largo de veinticinco encuentros de debate. Igualmente resumen ideas de las investigaciones e informes sobre pobreza infantil aparecidos en los últimos dos años.